



AUTO-SUFICIENCIA

LA televisión ha perdido la primera, y seguramente la última oportunidad de intentar la autocrítica. Hace poco más de una semana dio un telefilm titulado «El Televisor», en el que se demuestra que la gente que ve la televisión durante todo el tiempo se vuelve loca, cuando la realidad es que se vuelve tonta. Lo cierto es que el asunto empieza bien, hasta el punto de que dejé de desodorarme para atender mejor. Pero, chico, aquel tío que ve la tele de la mañana a la noche no se desliza hacia el subnormal profundo, sino hacia una especie de nihilista ruso, de Nietzsche, de don Miguel de Unamuno (en el sentido unamunescos de que «creer» es «crear»), en fin, qué se yo, hacía algo grande. Pero, bueno, ¿cómo es que los de la televisión llaman autocrítica a un autoelogio tan desmesurado? No tienen arreglo. Aquel pobre señor, un contable de mala muerte, se transforma viendo la televisión en un verdadero creador, en un poeta capaz de

trocar los signos de la realidad. Desciende a las profundidades de su propio ser, y huyendo de las mazmorras de su triste vida de contable, descubre las leyes de la realidad. Es lo que hicieron los poetas malditos, un Baudelaire, por ejemplo, o los surrealistas de las primeras horas, todos aplastados gloriosamente por sus sueños, como el protagonista de este telefilm. ¿Qué clase de bromazo es éste? El que ve la televisión todo el día (aunque no hace falta que sea todo el día) se vuelve

tonto de entierro y además no se entera de nada. Se hace más vulgar, se hace, como decir, más carta de ajuste. Se hace bobo, y no loco. ¡A ver si resulta ahora que los que echan raíces delante del televisor van a ser personajes de Dostoyevski! ¡Le daba así a la televisión! Como todas las autocríticas sean de esta guisa estamos aviados. ¡Por Dios, que la televisión no se flagele más, que se va a hacer daño! Mira que decir que eso es una autocrítica... Porque ese tío que sacan como protagonista es Kafka, y, encima, personaje de Kafka. Nerón rascando la lira ante la Roma incendiada y recitando hemistiquios es una figura más modesta que los de la televisión diciéndonos que los telehipnotizados enloquecen a la «gran Dumont», al estilo formidable de un Cesare Pavese. La televisión española ha llegado a la cima de su autosuficiencia. Alguna vez tenía que alcanzar el cenit, y ya lo alcanzó.

LICANTROPO